

Teresa Carbó \*

## La versión de una palabra: ¿propia o ajena? \*\*

A TODO RIESGO, colgado de un globo azul y en atuendo de nubecita pasajera que se aproxima al panal por casualidad, Winnie-the-Pooh se interroga —con preocupación— sobre el alcance verosímil de su “otredad”. ¿Seguirá siendo sin remedio él mismo? ¿O habrá alcanzado ese estado peculiar en el cual uno es claramente Otro para el otro? Su pregunta, sin duda, no es retórica, y la mirada escrutadora de las abejas así lo subraya. De igual modo, no tiene sólo un carácter retórico la introducción de esta anécdota en un lugar comunicativo de apertura de turno. El tema del Otro y del Uno atraviesa, quizás de manera involuntaria, la nueva revista cuya presentación hoy nos congrega.

Cuando fui invitada, con cordialidad y premura, a participar en el comentario al primer número de *Versión*, experimenté un efecto combinado de proximidad

\* Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS).

\*\* Versión ligeramente modificada del texto leído en la presentación del primer número de la revista *Versión* del Departamento de Educación y Comunicación de la UAM Xochimilco, en la Casa de la Cultura “Jesús Reyes Heróles” el 15 de octubre de 1991. Participaron asimismo Luis Núñez y Reggie Clifford.

y distancia, de reconocimiento y extrañeza. Se trataba de un proyecto que había oído mencionar con insistencia a lo largo del tiempo —necesariamente prolongado— que lleva una empresa de esta magnitud y que como tal merece y recibe mi auténtica enhorabuna. Sin embargo, las menciones habían sido anecdóticas, fragmentarias y de carácter personal. La revista como tal representaba por lo tanto también una gran incógnita: era el resultado de un trabajo acerca del cual yo lo ignoraba todo, y así como yo, también las revistas o instituciones cercanas; ningún diálogo con colegas de otros centros parecía haber estado en el germen de una iniciativa que no obstante, requirió de los compañeros de la UAM-Xochimilco una gran concentración. Con pesar verifiqué que el primer número se ofrecía, contundente y tentativo a la vez, como la labor de un grupo dentro de una institución dada, sin un bosquejo siquiera de la autobiografía del esfuerzo.

Acepté participar en la presentación de la revista, y sólo después de hacerlo, inquirí las razones del tal invitación. Se me dieron dos, a cuál más desconcertante: la posibilidad, dijeron, de que ofreciera sobre esta *Versión* otra mirada desde otra disciplina, y en segundo lugar, el hecho de ser mujer. Movida por la lealtad a amigos y colegas, y por la simpatía que el proyecto me había siempre despertado, decidí tomar a bien ambas razones —o marcas de exclusión y relativo estigma— para ocupar, me temo que con bastante menos gracia que Winnie-the-Pooh, el lugar paradójico desde el cual, siendo yo misma, había de ofrecer a los otros el don de mi otredad. Había sido interrogada y tenía que responder.

Por fortuna, en una nueva publicación del medio, interesante y compleja (*Versión* 1:143), Noé Jitrik describe las vías posibles para un cambio de lugares en la interlocución, semejante de hecho al que he intentado ya con la figura familiar del osito. Dice la cita:

(...) si en el circuito pregunta-respuesta, quien pre-

gunta es, de algún modo, un protagonista, quien responde, si no es indiferente a la instauración del circuito, *corre el riesgo de quedar amarrado a lo que se quiere inducir*, de modo que podría no dejar nunca de ser deuteragonista. Pero como quizás no desee que tal cosa suceda, es posible que intente dar a su respuesta también la forma de la pregunta (subrayado mío).

Páginas antes (de hecho, muchas páginas antes), Néstor García Canclini, sin dejarse arredrar por las preguntas formidables que le hacen (¿o propinan?) Mabel Piccini, Raymundo Mier y Margarita Zirez, aplica la estrategia antes descrita, que es también una forma de reflexionar. El “conversado” se/les/nos pregunta:

¿Cómo llegar al núcleo? ¿Existe algo así como un núcleo? Lo que se ve son fachadas de significación que constituyen la ficción de que hay una casa. Por eso es útil escalarla de varias maneras a la vez, para ver si logramos sorprender la significación o sorprender aquello que fue decisivo en la construcción, y que suele no ser lo establecido para que se vea (*Versión* 1, 1991:21).

Acepto el desafío y me dispongo a preguntar, a escalar en pos de una estructura que, como todas, es elusiva y frágil, y con frecuencia diferente de lo que cree o dice ser. Otro de los autores del primer número me proporciona para ello el privilegio perverso de la cita y de las palabras ajenas a quienes hago hablar en mi lugar. Dice César González:

En el fondo de la seducción está la atracción por el vacío, no el desciframiento de un mensaje. No hay nada más seductor que el desafío que no puede dejar de responderse porque establece una relación distinta a la que ocurre en la comunicación (*Versión* 1:138).

Por lo tanto, preguntemos: ¿de quién es la *Versión*? ¿Sobre qué versa? ¿Quién es el Uno que se expresa en esta revista y para el cual se nos pide que seamos los Otros, ante el cual se nos coloca en suma en el lugar del Otro? Es difícil responder. A lo largo del "Editorial", carente de firma y por ende atribuible al Comité Editorial, diversas frases nominales y formas pronominales testimonian textualmente la presencia de un colectivo que rehúsa ofrecer una identidad unívoca más allá del principio (reiterado a lo largo del Editorial en diversas versiones, no siempre coincidentes) de la necesaria pluralidad de las miradas. Ello se concibe como un mérito dentro del espacio de las ciencias sociales que se quieren no dogmáticas, aunque en el caso concreto del texto de editorial que estamos observando denuncia también la existencia de una callada dificultad dentro del conjunto de voces expresadas por la revista y que procuran ser escuchadas en el ámbito de lo público/publicado como una sola.

Hay ciertamente inclusiones sucesivas de conjuntos institucionales, acerca de los cuales se nos da información explícita en la revista: la Universidad Autónoma Metropolitana (UAM) en Xochimilco, la División de Ciencias Sociales y Humanidades, el Departamento de Educación y Comunicación y, por último, la Carrera de la Comunicación, primer soporte reconocido en el Editorial para esta identidad que se construye. Además de ello, hay en la revista como producto editorial inscrito en un género, un comité editorial y un conjunto de autores. En este primer número, por lo demás, ambas series son prácticamente coextensivas. Ese es un dato que merece destacarse: la revista parece ser, en primer lugar, un foro para la emisión de las propias voces de quienes la hacen; la expresión institucional de un grupo que es homogéneo en su adscripción a un espacio universitario nacional. Sin embargo, hay, además de ello, una invitación que se despliega textualmente a lo largo de distintas formulaciones de objetivos. La revista es *una* versión, dicen quienes la hacen, y aguarda otras.

Ofrece otras, incluso de sí misma, podría sugerirse. Nos hallamos, se nos dice, en el territorio cambiante y fragmentario de un saber que descrea de sí mismo. ¿Podríamos tal vez ubicar la revista en el espacio, teóricamente tratado en el primer número, de "lo híbrido"? La mención, en un sentido léxico literal, escandaliza, quizás, pero Raymundo Mier, hablando con/de García Canclini, abre horizontes afortunados:

La noción de lo híbrido me sugiere —quizás por mi convincente ignorancia de lo biológico— una especie fronteriza, un acontecimiento, la irrupción súbita de una morfología aún sin inscripción bien establecida en las taxonomías. (...) Lo híbrido es el nombre de una materia sin identidad, el nombre de una condición evanescente. Lo híbrido sería entonces un nombre muy afortunado, por la densidad de sus evocaciones, de lo singular, de un acontecimiento (*Versión* 1:25).

No sé qué responderme; percibo, sí, en la revista una vocación por lo híbrido de esta manera concebido: en tanto horizonte de trabajo en el que incluso "el delirio poético como registro de aproximación a lo real" (cito a Mabel Piccini) aspira a ser admitido. Sin embargo, las convenciones pesan, y también "el delirio de la razón" afirma sus derechos. En realidad, no podría ser de otra manera; el camino del análisis, al cual todos hemos sucumbido, es un camino sin regreso. Preciso es reconocerlo e incorporarlo a un discurso que habla de sí mismo hablando de otros.

El delirio de la razón suele estar en la base del trabajo de laboratorio, en el diseño de encuestas y entrevistas, en los protocolos de observación, en las cuantificaciones de los datos. La teoría social, como sabemos, produce en muchos casos artefactos sociales, y aunque sus técnicas pretendan garantizar una aproximación controlada a la realidad, no se salvan,

en muchas ocasiones, de ser "fabulaciones del mundo". Reconocerlo reviste importancia en los tiempos que corren; significa admitir que las teorías sociales, más que trabajar con datos, producen interpretaciones, sistemas simbólicos que como tales forman parte indisociable de la propia realidad investigada (Piccini en *Versión* 1:23).

Desde el lugar —supuesto— de quien pregunta, hemos sido advertidos ya: somos cómplices inevitables en una cofradía que, de manera circular, muerde su cola. *Versión* es presa de una meritoria fantasía, sin que ello implique que ha logrado salir del espacio cautivante de un delirio que se habla a sí mismo. Renegando de fronteras y linderos, sus autores quisieran proclamar, con una frescura inalcanzable, la pérdida de la inocencia y el abandono de la territorialidad en el conocimiento. La utopía se renueva una vez más, sin que ello garantice nuestro avance penoso en el desierto.

"Comunicación y política", "Cultura y discurso", "Los tiempos", "Los materiales" son los nombres de los espacios fijos ("permanentes" dice el Editorial) en donde se despliega lo que leo como la palabra Una, el Uno ante el cual somos los Otros. "Otras voces" es, precisamente, el territorio, también fijo al parecer, que se asigna a los voceros de otras instituciones, que no a otros campos del saber. Una frontera clara y tajante para una diferenciación que se antoja prescriptiva, además de no del todo visible. ¿Quiénes son Unos y quiénes son Otros en la confección de esta empresa? ¿Es John B. Thompson, autor de un artículo (traducido) que aparece en la sección de "Comunicación y política", más Uno mismo, una parte más propia del grupo que hace la revista que César González y Noé Jitrik, colegas de una institución vecina, la UNAM? ¿Qué líneas calladas subtienden la asignación de las identidades y lugares? Si me esfuerzo lo bastante, se pregunta Winnie-the-Pooh, ¿lograré que las abejas me vean como Otro?

No lo sé, me respondo, pero la letra habla, y la es-

tructura asignada a la revista por su Comité Editorial traiciona la existencia de una lógica territorial basada en pertenencias y exclusiones institucionales que cobra aún su tributo taxonómico y se impone por encima de tantas y tan queridas ilusiones, atendibles probablemente casi todas ellas. El esfuerzo editorial se asienta, diríamos, en la ilusión de que es posible establecer de nueva forma y con un sentido innovador aquellas fronteras de las que decíamos haber abdicado de manera radical; la de que sabemos quiénes somos nosotros y quiénes son los otros; la de que escuchamos y entendemos aquello que los textos, incluso o en primer lugar los nuestros, dicen acerca de aquello de lo que hablan; la de que los textos hablan de lo que dicen decir; la de que ese decir es capturable, asible y localizable en un dominio dado; la de que los textos, propios y ajenos, una vez así dispuestos, habrán de estarse quietos.

Por fortuna para todos nosotros, la rebeldía del discurso se impone por sí misma más allá de los deseos y propósitos de una voluntad editorial. La "conversación" con Néstor García Canclini no es tal; se trata (y ello es visible con poco que se lea) de un ensayo, de un artículo más bien —bastante denso— y de naturaleza polifónica. Diciendo no decir nada, Noé Jitrik ofrece un texto que es central en el primer número de la revista y que ressignifica a todos los que le rodean. En la sección de "Cultura y discurso", Silvia Gutiérrez habla de lógica, en tanto que el esfuerzo tipológico de Ramón Alvarado se encuentra circundado por textos que son a un mismo tiempo sus ejemplos y sus contra-ejemplos. Bajo la designación estática de "Los materiales", Carmen de la Pez hace hablar a Peñalver quien a su vez escucha a Derrida. En esa misma dirección, Lauro Zavala es hablado por otras voces. Diciendo hablar de informática, Rafael Castro habla del discurso y la teoría.

Con poco que se mire, nada está en donde dice estar, y la intertextualidad del propio número desborda ampliamente la geografía elemental y apacible que se proponen establecer "Índice" y "Secciones". El contenido

mismo de los materiales que sustentan en esta primera entrega la distribución del decir en las áreas y provincias decididas por los editores, se resiste a una ficción de orden metódico. Ni siquiera ciertas decisiones tipográficas, como dotar de cajas distintas a ciertas secciones, o acompañar sólo algunas de ellas con glosas, citas o subtítulos laterales, logran imprimir diferencias perceptibles entre tipos de discursos y/o autores, entre “unos” y “otros”. La confusión —bendita sea—, la riqueza, la ingobernabilidad de estos textos que son díscolos en su diferencia y prójimos en su vocación; la naturaleza, por último, profundamente intratable del lenguaje, parece haber ganado la batalla, si acaso hubiera tal.

A los colegas y amigos que han logrado crear el territorio para este despliegue denso y frágil a la vez, en el que ellos mismos son los primeros desmentidos, a los responsables de esta *Versión* que es como todas sólo una y por lo tanto también otra, quiero saludar. El primero que habla es siempre el más expuesto. Por sí sola, la decisión de asir y ofrecer la propia palabra es un gesto meritorio. Merece, desde luego, todas las versiones que en conjunto logremos imaginar. Muchas gracias.